

La mesa compartida: el sabor de la inclusión

Diversidad sexo-afectiva y pastoral desde el gusto

Pbro. Hugo Alvarez

Una de las imágenes más repetidas del Evangelio es la mesa. Jesucristo come con personas diversas, muchas de ellas cuestionadas por la sociedad de su tiempo. No establece primero condiciones para compartir; la mesa misma se convierte en lugar de encuentro y transformación.

Comer juntos no es un acto cualquiera. Implica confianza, cercanía, reconocimiento mutuo. Compartir la mesa, es decir, de alguna manera: “hay lugar para vos”.

Sin embargo, no todas las personas han encontrado ese lugar en las comunidades de fe. Muchas experiencias LGBTIQ+ están atravesadas por la sensación de estar cerca, pero no del todo dentro. De participar, pero con límites implícitos. De ser recibidas, pero no plenamente integradas.

La mesa evangélica desafía esa lógica. No es un espacio restringido para unos pocos, sino un signo del Reino donde la diversidad no es un problema, sino parte de la comunidad.

Esto interpela directamente a la pastoral. No alcanza con discursos de bienvenida si en la práctica hay exclusiones. La verdadera inclusión se verifica en lo concreto: quiénes participan, quiénes son reconocidos, quiénes pueden ser ellos mismos sin temor.

Construir mesas abiertas implica revisar dinámicas, lenguajes, actitudes. Implica preguntarse si realmente hay lugar para todos o si, de manera más o menos consciente, seguimos poniendo condiciones.

Una comunidad que se anima a compartir la mesa desde esta perspectiva se transforma. Porque descubre que la diversidad no empobrece, sino que enriquece la experiencia común.

El Evangelio no propone mesas perfectas, sino mesas abiertas.

¿Quiénes siguen faltando en nuestra mesa hoy?